El Cuento Semanal

81

Senderos de vida

Novela de CARMEN DE BURGOS SEGUÍ (COLOMBINE)

Ilustraciones de POSADA

30 Cénts.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes
Oficinas: San Mateo 1
Teléfono 1.951
Apartado de Correos núm. 409
Madrid

AÑO II - 17 de JULIO 1908 - N.º 81

Precios de suscripción:
Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pesetas.
Semestre 6,50 pesetas. Año 12.
Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año 18.
Anuncios á precios convencionales.
Número suelto: 30 céntimos

Libros y Revistas

Los 47 Capitanes. — Novela trágica de Tamenaga Shunsuy. — Librería de Fé. Madrid.

Muchos críticos consideran á este libro como «el Quijote» del Japón. En la lectura de esta obra maestra, en efecto, se ha nutrido el espíritu de ese pueblo extraño que tantos ejemplos asombrosos ha dado de su patriotismo y bizarría.

La novela de Tamenaga Shunsuy ha sido traducida directamente del japonés por D. Ángel González, intérprete de Legación en Tokío.

La ilustre Casa de Ramires. — Novela de Eça de Queiroz. Versión castellana de Pedro González-Blanco. — Librería de Fé. Madrid.

La ilustre Casa de Ramires es de todas las novelas del muy gran literato portugués Eça de Queiroz, la más interesante y delicada. Despierta su lectura el fortificante amor á la patria, á quien, según uno de los personajes de *La ilustre Casa de Ramires*, hay que querer con todos sus defectos y todas sus excelsitudes. De lectura fácil y atrayente, la novela que, primorosamente editada, publica el Sr. Beltrán, es una de las más preciadas joyas de la literatura realista. Esta obra, en donde vertió Eça de Queiroz á raudales la gracia y la ironía que tanto le singularizan, termina con la dulce solemnidad de una tarde de verano.

El novelista, después de haberlo visto todo, de haberlo gustado todo, regresa espiritualmente á su niñez, á su simplicidad, á sus más puros amores, y canta un himno á la tierra donde nació, á la tierra portuguesa, «llena de gracia adorable».

Rincón de humildes *(Crónica de un viejo café).* — Por C. Rodríguez Avecilla. — Librería de Pueyo. Madrid.

Con este libro afirma el Sr. Rodríguez Avecilla la reputación de novelista que comenzó á adquirir con su novela *Los crepúsculos*.

¡Esas mujeres!... — Juguete cómico en un acto y en prosa, original de Constantino Ruiz Carnero y Julio Baldomero Muñoz, estrenado en el teatro Cervantes, de Granada, por la compañía Balaguer-Larra.

El triunfo de la vida, por Manuel Carretero. Librería de Pueyo. Madrid.

Esta obra, que su autor califica modestamente de «diálogo novelesco», es, en realidad, un cuadro dramático desenvuelto con gran seguridad y cuyas figuras fueron dibujadas con notable relieve.

Avaloran el mérito de este libro varias ilustraciones excelentes del célebre pintor cordobés Julio Romero de Torres.

Las ilusiones del amor, por Luis Rodríguez Santos.— Domingo Alonso, editor. Habana.

Notable colección de cuentos, á la que precede un artículo crítico del distinguido escritor cubano Eduardo Varela Zequeira.

Teatro de Jacinto Benavente. Tomo XIV. — Librería de Perlado, Páez y Compañía. Madrid.

Contiene este volumen *Manon Lescaut*, «historia de amor en siete cuadros», escrita en colaboración con D. Alfonso Danvila; la famosa comedia en tres actos titulada *Los buhos*, y el diálogo *Abuela y nieta*, escrito para un beneficio de doña Balbina Valverde.

Teatro fantástico, por Jacinto Benavente. — Librería de Perlado, Páez y Compañía. Madrid.

Comprende varios diálogos perfectamente representables y exquisitos. A saber: *El encanto de una hora, Comedia italiana, El criado de Don Juan, La senda del amor, La blancura de Pierrot, Cuento de primavera, Amor de artista* y *Modernismo*.

Vilanos, por Jacinto Benavente. — Librería de Perlado, Páez y Compañía. Madrid.

El lector hallará en este volumen los cuentos más celebres de Benavente: *La toma de la Bastilla, El cantor de la miseria, Ley de justicia, El paraíso prometido, El caballero de la muerte, Elección de traje, El elefante blanco, Hija del alma, Los réditos*, etc., etc.

Estudios sociales. — Cuatro estudios de Economía política, por John Ruskin. — Librería de Fé. Madrid

El nombre de Ruskin es universalmente conocido, y quizás ningún escritor contemporáneo haya inspirado tan apasionadas controversias como este gran prosista inglés.

Estos *Estudios*, de los cuales se han publicado numerosas ediciones en Inglaterra, y que fueron traducidos á todos los idiomas, son los que ahora aparecen por primera vez en España, fielmente traducidos por el notable novelista M. Ciges Aparicio.

Andrés Cornelis. — Novela de Paul Bourget. Versión castellana de Carlos de Ochoa. — Librería de Fé. Madrid.

Pocos novelistas contemporáneos habrá que gocen de más fama que Paul Bourget, representante en literatura de todo lo que signifique distinción y elegancia. Paul Bourget seduce á la mayor parte del público femenino. Psicólogo experto, conoce y analiza el corazón humano como nadie, y dirige uno de los movimientos más interesantes y que más honda huella dejará: el psicologismo. En la dedicatoria de *Andrés Cornelis* dice su ilustre autor: «Es una novela de análisis, ejecutada con los datos actuales de la ciencia del espíritu.»

Opiniones, por Rubén Darío. — Librería de Fé. Madrid.

Con este libro, el célebre poeta americano consolida la reputación de crítico que alcanzó con *Los Raros*, y al mismo tiempo afirma su glorioso prestigio de paisajista y de observador.

Opiniones es un libro escrito por un gran poeta y por un hombre de amplia cultura. Capítulos contiene este volumen como los titulados *El poeta León XIII* y *Rostand ó la felicidad*, que dan la sensación exacta de lo que la buena crítica debe ser.

Carmen de Burgos Seguí
(Colombine)

Senderos de vida

EDUARDO retrocedió dos pasos, lleno de asombro, cuando la dama que solicitaba verle entró en su despacho.

— ¡Soledad! . . . ¡Usted! . . .

Era la hermosa artista, tan admirada, tan aplaudida, á cuyos pies había suspirado en balde por espacio de mucho tiempo, la que iba ahora á su casa, sola, cubierto el rostro con espeso velo, con todo el misterio y el encanto de una aventura.

— Sí, yo — repuso ella con voz tranquila, segura, indiferente, al mismo tiempo que le tendía la mano sonriendo —. ¿Le parece á usted raro?

En sus negros ojos había una expresión de serena inocencia; las líneas puras de su rostro permanecían inalterables; echó hacia atrás el velo sin apresuramiento, sin coquetería, como si no viese en su situación nada anormal.

Eduardo estaba desconcertado. ¿A qué obedecía aquella visita? No podía ser fatuo con una mujer que tantas veces le rechazó. Se inclinó cortésmente, murmurando:

— Señora, todo cuanto usted hace me parece bien. Está usted en su casa.

Tendió ella la mirada de sus ojazos negros con expresión curiosa en torno suyo: un encantador cuarto de soltero, coquetón y alegre, que revelaba buen gusto y distinción en su dueño. La mesa de nogal cargada de papeles, estantes llenos de libros, retratos de artistas y de mujeres hermosas cubriendo todas las paredes, destacándose sobre el obscuro tapiz con los senos amplios, luminosos, las bocas rojas y las miradas brilladoras de cromos y postales.

Junto al balcón, una linda estatua de la Venus de Milo, como diosa y soberana de todas aquellas hermosuras, se alzaba triunfante, envuelta en los rayos del sol que jugaban con sus carnes blancas, dándoles color y transparencia. ¡Siempre ella, la privilegiada, la inmortal, con su cuerpo sano, fuerte, imperfecto, divino á fuerza de ser humano!

Un gran lienzo ocupaba todo el testero, sobre el sofá; representaba una hermosa mujer desnuda, casi vuelta de espaldas, con esa curvatura elegante que todos los pintores han copiado de Miguel Angel; una vieja celestina contemplaba con codicia los encantos, mientras ella reposaba con toda la tranquila animalidad de la hem

bra satisfecha. Había en su apostura la serena estabilidad de las diosas, un reposo estatuario, pero un reposo en que se sentía germinar la vida; robusto el torso, morena la carne, con tonalidades de plata; negra la cabellera, abundante, rebelde, en su cabecita pequeña y asentada á plomo sobre el cuello firme y los amplios hombros; ancha la cintura, redondo el busto, sobre el cual se marcaban en encantadores hoyuelos de rosa las protuberancias de los riñones.

Un elegante biombo estilo Luis XVI, coronado por los elegantes lazos que unen los medallones dorados de los muebles de su época, partía en dos la habitación, y detrás de él pequeñas butaquitas, cómodas y bajas, se agrupaban cerca del velador, cargado de revistas y periódicos, y de la mesilla de fumar. Multitud de panoplias y armas elegantes, con puño de Eibar y damasquinos toledanos, cubrían las paredes; la severidad de los tapices y de los adornos contrastaba con los muebles de madera blanca y damasco azul claro. Al fondo, por el entreabierto portier de terciopelo, se divisaba la alcoba con una orgía de espejos y dorados.

— ¡Qué lindo es todo esto!

Recorría el cuarto deteniéndose ante todo, haciéndole mil preguntas y observaciones acerca de libros y bibelots, inteligente y conocedora del mérito artístico de aquellos objetos, de los grupos de porcelanas, de biscuit y de mayólica, lo mismo que de sedas, tapices y armas. Contemplaba los retratos y los desnudos con la misma imperturbable serenidad que las incrustaciones de oro sobre el puño de acero de un florete, sin rubor y sin enojo. Estaba también allí su retrato.

— Cuánta belleza, amigo mío. ¿Quién será capaz de adivinar cuál de entre ellas es la amada?

Seguíala Eduardo disimulando su curiosa inquietud, torpe de palabra y de conceptos, por lo mismo que deseaba no parecer ridículo. No podía librarse de un vago sentimiento de esperanza y de presunción, que se esforzaba en ocultar.

Se detuvo Soledad cerca del balcón.

— Dirá usted que estoy loca, Eduardo — dijo con coquetería —, pero yo soy así... Hoy hace sol, y mis nervios están expansivos, saltarines, con ansias de vida... Tenía necesidad de hacer algo raro... que rompiera los moldes de lo permitido, y me vine á buscar á usted. ¡Hace tanto tiempo que no va por el teatro... ó al menos que yo no lo veo!

Era el momento de aventurar un paso.

— ¿Para qué he de ir, Soledad? ¿A sufrir? ...

Sonrió la artista. ¡Sufrir! ¿Por qué? ¡Qué exigentes son los hombres! Le trataba como al mejor de sus amigos, y aun tenía quejas de ella.

— La respuesta de siempre — pensó Eduardo con disgusto.

Le incitaba á hablar, y cuando sus palabras salían de los labios como tímidas colegialas, se reía de su rubor y su cariño. Sin duda le gustaba el vasallaje, hacer padecer, y venía á buscarle cuando se alejaba, para proporcionarse el placer de rechazarlo de nuevo. Esta vez no se reiría de él, engañándole con su dulzura.

Hizo un esfuerzo para llevar la conversación á otro terreno. Le habló del teatro. ¡Cuántos triunfos había conquistado Soledad aquel año! La Prensa, el público, los críticos, la empresa, todos se rindieron á su talento y su belleza.

Soledad le escuchaba contenta y satisfecha, como si deseara embriagarse en un aroma de adulación y gloria.

Hacía un visible esfuerzo para aturdirse, para olvidar algo que debía morderle y molestarla en el fondo del alma; mientras que por una inconsciente maldad de hermosa, no prestaba atención al sufrimiento de Eduardo, y hasta parecía gozar en él con ese egoismo propio de las mujeres que no compadecen los tormentos que causa un amor del cual no participan, y encuentran en causarlos cierto absurdo consuelo de venganza por los ultrajes al sexo y una satisfacción de amor propio.

— ¿La aplaudiremos á usted en la temporada próxima? — acabó diciendo Eduardo.

— No sé... no es fácil... ¡Es tan inquieto mi espíritu! ... Me cansa todo... Tengo deseos de nuevos horizontes, de aplausos distintos, de viajar ...

— Entonces, ¿se irá usted á América en la compañía de Gálvez?

— No, no; de ningún modo... ¡No volveremos á trabajar juntos!

Había en las primeras palabras decisión varonil; angustia en las últimas.

A Eduardo no le sorprendieron. Nadie ignoraba los amores del primer actor y la primera actriz de la compañía de la Comedia. Los dos eran jóvenes, hermosos, célebres y aplaudidos; se hallaban en el apogeo de su gloria y parecían complementarse como miembros de una raza superior de artistas que habían ligado su destino eternamente. Los amadores más tenaces de Soledad se retiraron con respeto ante aquella pasión.

Al terminar la temporada corrió el rumor de que Vicente Gálvez y Soledad Rubio habían acabado sus relaciones de un modo ruidoso, que se separaban y que el primer actor se iba á América, á Méjico y Buenos Aires: *Eldorado* de los artistas españoles.

Las palabras de Soledad eran la confirmación de cuanto los curiosos, que se creen autorizados para investigar en los dolores de la vida de los séres que se destacan de la vulgaridad, habían afirmado ya.

— ¿Han reñido ustedes? — preguntó Eduardo.

— Sí.

Soledad no se tomaba el trabajo de ocultarlo.

Acongojada, nerviosa, como si su pesar la ahogase y encontrara consuelo en hacer confidente al hombre que la amaba, Soledad se lo contó todo. Su vida entera.

Antes de conocer á Vicente Gálvez, su existencia se deslizaba serena, buena, honrada... Ya la mordían en su reputación envidias de mujeres y despecho de hombres; ni unas ni otros valían gran cosa... ella se reía de todos... seguía con sus caprichos, con sus extravagancias, acusadoras en la forma, buenas en el fondo, que los séres vulgares no podían comprender... ¿Iba, acaso, á sujetarse al patrón común de la moral burguesa? De ninguna manera. A las artistas se las tolera todo si saben imponerse... Decían que tenía amantes, cuando no era cierto. ¿Y qué? Si fuese verdad, podía hacer lo que se le antojase, y ninguna de las murmuradoras se atrevería á tirarle la primera

piedra. ¡Cómo hincaban en su pobre carne las uñitas rosadas sus queridas compañeras!

Y todo por apariencias, por algo de coquetería... Y, sin embargo, no amaba á ninguno... quizás porque la pretendían demasiado. Soportaba á los hombres para que le pagasen sus sonrisas con aplausos ó artículos de periódico... por la fama, la popularidad que necesita una artista y no se consigue sólo con el mérito... Unas veces la aburrían y otras le daban asco todos aquellos señores que iban en pos suyo siempre con la misma cantinela. ¡Si dijeran algo nuevo!... La divirtieron algunas veces cuando su vanidad se sentía halagada con el pensamiento de los amadores que quedaban detrás de ella; de todos los hombres que la recordarían siempre, porque pasó junto á ellos como una ilusión, bella é intangible, dejándoles el aroma de un deseo no satisfecho.

Pero en el fondo de su alma siempre había un anhelo, un ansia de amor y de cariño.

Se había educado sin madre, y desde pequeña sentía sed de besos.

Su vanidad satisfecha y su egoísmo de razonadora parecían alejarla del amor; su temperamento impulsivo la empujaba hacia él; pero su espíritu era exigente; deseaba amante y compañero á un tiempo: el hombre que, después de inspirarle confianza completa en su lealtad, lograra desvanecer de pasión su cuerpo, porque ya se le hubiese entregado el alma en una completa compenetración de pensamientos é ideales.

— No se ofenda usted, Eduardo — añadía sincera —; no encontraba este hombre entre la vulgaridad de todos los que me rodearon... Vanidosos que desean añadir á *su cartel* el nombre de una mujer bella...

Por eso era lo que el vulgo llama virtuosa... pura... una conjunción casual de temperamento y circunstancias que en realidad vale bien poco.

Estaba adorable en su confesión, tan ingenua, tan sincera, que Eduardo no se atrevía á interrumpirla y protestar.

— ¿Por qué le cuento á usted todo esto? — añadió ella.

— ¡Oh! Soledad, siga usted. ¡Soy tan feliz con merecer su confianza!

— Amigo mío, llega el punto más difícil...

— Siga usted, se lo ruego.

Pues bien, sí, seguiría. ¿Por qué no confesarle su amor á Vicente?

El artista había sido para ella un Dios, un culto... le adoró desde el primer momento de conocerle... antes quizás... era el presentido. Sus amores fueron de una intensidad atormentadora; excitados por sus nervios, exaltados por la imaginación, llegaron á todas las exquisiteces del dolor y del goce en bruscas tempestades de pasión ó de celos, de arrebatos salvajes ó de supremo lirismo...

¡Oh! ¡qué días inolvidables y qué noches tan dulces aquellas que pasaron ante el mar, ese mar Mediterráneo, todo poesía, donde los astros parecen titilar con una luz nueva...!

Y ahora ¡todo perdido! ¡El sueño deshecho! No quería recordar detalles. ¿Qué importaba cuál fuese la causa, si el dolor era el mismo? ¡Había pensado en vengarse... en morir!... ¡Al fin era tan cobarde, que se resignaba á vivir sin alma!

Lloraba con tal desconsuelo, que Eduardo, conmovido por la expresión de aquel sentimiento,

quería apartar la mirada de su belleza tentadora para ser digno del papel de confidente.

— Soledad, cálmese usted... Vicente no puede haber dejado de amarla... no se olvida jamás á una mujer como usted...

Alzó ella con fiereza la frente.

¿Saben los hombres cuándo aman ni cuándo no? ¿Sirven la virtud y la belleza para ser queridos? ¡Si pudieran marcarse los linderos entre el amor y el deseo! Vicente lloraba también; quería reanudar sus amores... precisamente eso era lo que ella deseaba evitar... Le daba miedo volver á empezar aquella vida intensa de padecer... De lo contrario acabarían trágicamente... Había vencido la crisis de su dolor y no retrocedería.

Jamás había pedido nada al amor; semejante á las flores, que han nacido para esparcir su perfume, se contentaba con que el hombre amado aspirase el aroma de su alma y la comprendiese... Sin duda en lo sucesivo ya no podría ser tan buena...; sentía una comezón de locuras, de sensualidad, de aturdimiento; puesto que no podría hallar en su interior la paz del recuerdo ni la serenidad de los deseos satisfechos.

¡Hubiera preferido mejor la muerte de su amante que la muerte de su cariño!

Al menos le hubiese quedado el dulce culto á la memoria dignificada, no el desprecio de la pequeñez de una pasión vulgar... cuando la había creído tan grande y puso en ella tanta vida.

Aquella amargura que la desgarraba el corazón, tendría que ahogarla en esa locura que hastía la carne y embrutece el cerebro.

Sus palabras parecían brindar una esperanza á Eduardo, y entre sus lágrimas la sonrisa tomaba reflejos de arco iris.

— Tranquilícese usted, Soledad; voy á llamar para que le traigan un refresco... una taza de té.

— Gracias, amigo mío, he de irme... se aproxima la hora del almuerzo.

— ¿Quiere usted atreverse á almorzar conmigo? — preguntó él respetuoso —. Así logra usted hacer algo anormal como pretendía, aunque bien inocente.

— ¿Sabe usted á lo que se expone? — preguntó Soledad enjugándose los ojos con el fino pañuelo de batista que le ofreció Eduardo casi maquinalmente —. Le creerán á usted amante mío todos los que nos vean, y si Vicente se entera... lo que no hace el amor lo suele hacer en ustedes el despecho.

Silbaba su desprecio á los hombres.

Eduardo sintió el latigazo.

— ¿Qué me importa á mí Vicente? — dijo.

— ¿Me ama usted? — preguntó la actriz, coqueta.

— ¡Oh, Soledad! ¿Puede usted dudarlo? Daría la vida por causar esas lágrimas — repuso él con ímpetu.

— Yo no volveré á llorar así por nadie — murmuró Soledad con amargo convencimiento.

— ¿Renunciará usted al amor? ¡Tan joven y tan bella! — le dijo Eduardo con ternura.

— ¡Amar!... Sí, ¿por qué no?... ¡Se puede amar de tantas maneras!...

— ¿Y usted?...

— Yo podré darme, Eduardo... Entregarme, jamás.

— ¿Qué dice usted, Soledad?

— Son teorías que yo me invento, Eduardo... Locuras.

— Dígamelas usted — suplicó él insinuante.

— El amor, respondió la artista — es una cosa que nos envuelve como agua de baño... Podemos entregarnos á la caricia de la ola, que juega con nosotros á su capricho; dejarnos mecer por ella; sumergirnos en el fondo de las aguas sin dar pie, sin divisar la orilla... ¡Qué bello morir! Esto es entregar el sér entero... Así había yo soñado el amor.

— Siga usted... siga usted — dijo Eduardo mirando con arrobamiento á la artista que, con los ojos entornados, trémulos los labios y encendido el semblante, parecía seguir en paisajes de ensueño el ideal de un supremo amor.

— Ahora lo concibo de diferente manera — añadió ella irguiendo la cabeza y abriendo las pupilas... Darse... mojar la carne en el agua del placer... y no perder de vista la orilla para poder, á la más leve molestia, salir... vestirse... y... ¡hasta otro baño!...!

— Pero comprenda usted, Soledad, qué cruel es ese escepticismo.

— Es consecuencia del cansancio que nos origina la vida, Eduardo... Yo había soñado un amor puro... único... eterno... Hoy me convenzo de que es imposible... Ya se lo he dicho antes. Ni los hombres ni las mujeres valemos gran cosa. ¿A qué mortificarnos con un anhelo inútil...? Tal vez los amores fáciles... los placeres traigan el olvido consigo... encanallen... ¿Qué importa?... Todo es preferible á sufrir así.

Se apretó desesperada el pecho con las manos, como si quisiera clavarse en él las uñas para que el dolor físico la aliviara de un terrible tormento.

— Acaso encuentre usted ese amor que desea, Soledad...

— No, no; el enemigo está ya dentro de mí. Soy inadaptable para el hogar y no concibo el amor sin la entrega completa... sin la fe absoluta... Ya no podré creer en nadie.

— ¡Quién sabe!

— No intente usted consolarme, amigo mío. Yo hice la prueba suprema con el amor de muchos hombres... Los que más decían quererme se alejaron de mí en el momento que logré persuadirlos de que sólo seríamos amigos siempre... y algunos se alejaron en el momento que empezaban á interesarme... ¿Qué me dice usted? Si les hubiera amado, se hubiesen ido más pronto... La posesión es la enemiga del cariño... No, no volveré á amar ni á sufrir... No quiero caer en la vulgaridad de creerme incomprendida; acaso soy yo la que no entiende á los demás. ¿Verdad que debe ser así, cuando á pesar de todo lo que me adulan, no me ama nadie sinceramente, mientras mujeres vulgares, bestias, despiertan verdaderas pasiones? Es inútil obstinarse en lo imposible; no se puede ser feliz en amor si se piensa...

— ¡Soledad! — interrumpió el joven.

— Sí, Eduardo... he de emprender nueva vida, no ser idealista, seguir el sendero que me han trazado... ¿Quiere usted iniciarme en él?... Es usted hombre de mundo, elegante... me desea hace mucho tiempo. ¿Por qué no acceder á sus pretensiones? ¡Tal vez seamos felices! Esto no crea obligaciones ni deberes entre los dos.

Eduardo vaciló un momento. Le parecía un sueño que se le ofreciera aquella mujer tan hermosa y amada en los momentos que menos podía esperar semejante ventura. ¿Pero no era una cobardía aprovecharse así de su dolor y su desesperación?

— Yo la amo á usted demasiado para conformarme con su cuerpo, Soledad; necesito y anhelo su corazón — le dijo.

— ¡Bah! Eduardo... comprendo que me he equivocado... es usted prudente... el papel de amante mío es poco lisonjero en la actualidad... comprometido.

Se puso de pie con despecho.

Eduardo palideció; pero siempre correcto, le dijo con frialdad:

— Es usted injusta, querida... Hace un momento decía usted que lo que no consigue en los hombres el amor lo suele lograr la vanidad... Acaso soy yo el juguete que usted ofrece como cebo de su pasión á Vicente... Si yo fuera un canalla aprovecharía la ocasión... pero la amo á usted demasiado.

— ¡Ah! — dijo ella deteniéndose — . ¿Ha creído usted? . . . No . . . se equivoca . . . Deseo elevar un imposible entre Vicente y yo . . . Que sepa que tengo un amante . . . pero no para que vuelva. . . para alejarle de una vez. . . para siempre. . . que acabe esta pasión con la esperanza.

— ¿No se arrepentirá usted? — preguntó todavía el joven, admirado de la fiereza salvaje de la actriz.

— No . . . no . . . pero él querrá vengarse. . . Si me matara sería feliz. . . mas no tengo derecho á comprometer á nadie. . .

— No hable usted de eso, Soledad; yo nada temo.

— Entonces. . . si me ama. . . si se atreve. . . tómeme usted. . . estoy decidida á poner entre él y yo un amante. . . la falta imperdonable, cuando no son los hombres los que la cometen.

Se tapó el rostro con la mano para ocultar la llamarada del rubor que lo coloreaba y cayó desplomada en el sofá.

Los brazos de Eduardo le rodearon el talle y sus labios helados de emoción buscaron los febriles labios de ella.

Se incorporó Soledad bruscamente, le rechazó -on un movimiento instintivo y fijó en su rostro una mirada de terrible hostilidad, que le hizo retroceder. Había en el fondo de sus ojos la protesta de toda la parte noble de su sér, que se resistía á la consumación de aquella locura aconsejada por el cerebro enloquecido. Vibraba en el fondo de aquella mirada todo un poema de amor, sublevándose de que se prostituyese la imagen de un hombre más amado que nunca.

Y Eduardo retrocedió asustado, sin atreverse á formular palabra.

Soledad tuvo un movimiento de indignación consigo misma. Su voluntad deseaba matar de una vez el amor que la atormentaba. En su naturaleza salvaje, el dominio adquirido por un hombre le hacía sentir la humillación de la esclavitud. Estaba decidida á romperla.

Enlazó á Eduardo entre sus brazos, y con voz acariciante á la vez que imperiosa y breve, ordenó:

— Cierra el balcón.

Las maderas crujieron con un ruido reseco y la luz solar penetró por sus intersticios como hilillos de oro alumbrando la habitación con claridad de aurora.

Eduardo miró hacia adonde estaba la artista. La vió inmóvil sobre el sofá, destacándose su silueta obscura del fondo claro del mueble. Aun le asaltaron escrúpulos caballerescos. ¿Obraba bien? ¿Debía rogarle de nuevo que reflexionara?... ¡Pero estaba tan bella! Había cierta fiereza en las líneas hermosas de su cabeza, echada hacia atrás, descubierta la garganta y brillando como diamantes los enlutados ojos, con el resplandor de la fiebre, entre las sombras.

Avanzó hacia ella, derribando la estatua de la Venus, que se rompió sordamente contra la alfombra. El pasó por encima de los pedazos blanquecinos, quebrándolos con sus pies... Le esperaba la Venus viva... y la estrechó entre sus brazos sin que opusiera resistencia... Tenía los ojos cerrados y apretados los labios...

Eduardo creyó oir un nombre que no era el suyo, murmurado como una queja... El cuerpo divino se estremecía entre sus brazos en una crisis de lágrimas.

II

La escasa luz de la lámpara extendía por la habitación su dorada claridad. La artista, sola, sentada cerca de la mesa de camilla con tapete de bayeta verde, repasaba las mangas de terciopelo de un traje de calle.

Estaban ya muy distantes los tiempos en que deslumbró á Madrid con su lujo y su belleza, cuando el escandaloso desafío de Vicente Gálvez y Eduardo Ortega vino á añadir un nuevo timbre á su celebridad.

Después Vicente se marchó á América, apenas curado de la herida que le causó su rival en un brazo. Se fué sin querer oirla, sin querer verla, sin abrir una sola de sus cartas.

¡Cuánto había sufrido! Al levantarse de los brazos de su nuevo amante se sintió más enamorada que nunca del artista, y ya no era digna de él. El abismo que deseó abrir era infranqueable. Vicente, después de vengar su amor propio ultrajado, la rechazó con asco. Le imputaba como un crimen la entrega de su cuerpo á un hombre, cuando él la había postergado antes á tantas mujeres.

Soledad supo ser fuerte, disimular, aturdirse. Había tenido una época de embriaguez rabiosa en sus amores con Eduardo. El era rico y se sintió orgulloso con la posesión de una mujer bella, codiciada, á la que debía la aureola de su desafío y un escándalo. El lujo de que la rodeó, sus trenes,

la esplendidez de su vida, los triunfos escénicos la aturdieron... Al fin, una corista del Real vino á suplantarla en el corazón ó en el capricho de su amante. Lo supo mientras realizaba una excursión por provincias, y experimentó una sensación penosa... de despecho...; el corazón no estaba interesado... No se indignó siquiera. ¿Para qué? ¿Valía la pena de indignarse por algo? Llevaba agarrado tenazmente á su alma el recuerdo del otro, del artista, de su compañero... Era el único á quien había amado. Se encaminaban á él todos sus pensamientos. Lo adoraba en todos sus amantes, del mismo modo que los creyentes es á un dios único al que dirigen sus súplicas cuando oran, aun delante de las más grotescas imágenes.

Bien pronto un aristócrata sustituyó á Eduardo Ortega al lado de la hermosa artista. A partir de aquel momento sus caprichos se multiplicaron: tan pronto era un respetable señor de cabeza blanca, como un imberbe jovenzuelo. Se escapó á Francia con un tenor italiano, y á su vuelta hizo vida marital con un comerciante.

Su imaginación tenía fuerza siempre para añadir un nuevo capítulo á la novela de su vida; parecía sentir una sed de amor no satisfecha por ninguno.

Unas veces le acometía una fiebre de goces y aventuras, de alegre frivolidad, que bien pronto se trocaba en anhelos vehementes de vida casta... Entonces abandonaba el teatro, sentía afán de regeneración, de ser esposa... madre... é iba á ocultarse con su amante del momento en una casita oculta... lejos del mundo, sin hacer caso de su carrera artística... Se fabricaba un idilio de paz, y hubiera sido capaz de sacrificarse por aquel de quien se creía amada.

Una mañana, cuando menos se esperaba, había un bostezo en sus labios rojos... Un periódico que llegaba á sus manos con noticias teatrales, destruía el ensueño. Acababa la novela de amor dulcemente unas veces, con arrebatos trágicos otras, y empezaba de nuevo la era de locuras, de caprichos costosos, de cínicas voluptuosidades, como si dentro de ella riñeran varias mujeres distintas que se imponían vencedoras alternativamente.

Le daba la culpa á los hombres; ninguno era bastante espiritual para sostener la pasión de una artista, saber excitar y satisfacer su imaginación romántica con esos mil pequeños detalles de delicadeza que necesitan para adormecer sus almas y buscar al mismo tiempo la novedad, la extravagancia, que mantiene despierto el interés.

Ella les cogía al pasar, cuando la naturaleza en savia la invitaba al amor, y los despedía después como lacayos. Sólo un sentimiento perduraba siempre. El recuerdo de Vicente; buscaba noticias suyas en los periódicos, y veía, sin poder decir si con placer ó con despecho, la gloria y la fortuna que le sonreían en América, los continuos triunfos... El público inconstante de España le había olvidado ya...; sólo ella le recordaba y mantenía su gloria, rogando con interés á los periódicos que reprodujesen las noticias que llegaban.

En su amor se mezclaba la admiración por el artista y el cariño al hombre. Le creía tan superior á todos, que retiró de su repertorio las obras favoritas, porque ningún actor podía hacerlas como él... Hablaba siempre con lágrimas en los ojos del tiempo en que trabajaron juntos...; entonces el amor hacía milagros de arte... Ya no era posible que ella pudiera sentir y expresar con tanta verdad, ni él podría hacerlo tampoco... Quedaba entre ellos un lazo de fraternidad de espíritu que no podría romperse á pesar suyo... ¡Habían sido dos niños locos que tiraron la felicidad y se destrozaron el corazón en un juego!

Pasaban los años sin contarlos en el torbellino de su vida; solicitada continuamente por las más grandes empresas, cada vez que volvía, después de uno de sus voluntarios eclipses, á aparecer en escena, era acogida con una ovación del público y de la Prensa.

El primer año que el empresario de la Comedia se excusó cortésmente para no contratarla, sintió un terrible acceso de cólera, al mismo tiempo que una dolorosa sorpresa.

¿Cómo explicarse aquello? La Comedia era para Soledad su propia casa, el escenario de sus mejores triunfos.

Fué á ver á sus amigos, á los críticos, á los directores de periódicos; entre algunos de ellos mediaban recuerdos de una noche triunfal.

Todos la acogieron con cortés frialdad. No podían hacer nada en su obsequio; las dos primeras actrices estaban bien recomendadas: la una era amante del empresario... la otra protegida de un título.

Soledad se indignó; ella jamás había obtenido favores de ese modo; derrochó á un tiempo mismo su vida, su juventud y su oro, pródiga como una reina.

Le quedaba una esperanza: el público no era fácil que la olvidase; compararía...

Asistió al *debut* con la secreta esperanza de presenciar la derrota de sus dos rivales. Aquellas dos jovencitas, sin cartel artístico y sin dominio de la escena, recibieron una ovación. Se las aplaudía por sus trajes, por su lujo, por su descoco... Nadie recordaba á Soledad.

Llegó llorando á su casa y se miró inquieta al espejo. ¡Aún era hermosa! Pero observó con amargura que sus ojos estaban cansados, los párpados enrojecidos; faltaba tersura á sus mejillas y sonoridad á su voz. La línea de su cuerpo, algo quebrada y los movimientos tardos, acusaban la pesantez... ¡La vejez se acercaba!... Sería forzoso resignarse, dejar el paso á la juventud en la eterna ley del vivir.

No había pensado nunca en que llegase aquel momento; la abrumaban los años como una vergüenza, como un vencimiento. Para nadie es tan triste envejecer como para una artista. Seguían incólumes sus facultades, superiores á todas las de aquellas niñas que acababan de aparecer, y tenía que reconocerse inferior á ellas.

Sintió un movimiento de rebeldía... Antes que confesar su humillación se retiraría del teatro... se iría lejos... Que se creara en torno de ella una leyenda fantástica... y que nadie presenciase el decaimiento de su belleza, para vivir joven y triunfadora en la memoria de todos...

Otra triste realidad vino á herirla. No era rica para sostener el lujo á que estaba acostumbrada al alejarse de la escena. Tenía necesidad de trabajar.

Le fué preciso marcharse á provincias aquella

temporada, y al año siguiente tuvo que contratarse en Madrid en un teatro de segundo orden.

El descenso comenzado continuó rápidamente: los principales teatros se le cerraban; había pasado de moda. Le fué necesario disminuir su lujo y hacer economías; reformar trajes, dejar conocer la decadencia.

Tres años antes hizo la temporada en Madrid, en un teatro de tercer orden, donde brillaba con los esplendores de su antigua fama, y aun la amistad de los periodistas hacía aparecer su nombre en las columnas de los diarios.

Una tarde ensayaba casi maquinalmente su papel en un espantable melodrama, entre el maderamen empolvado y sucio del frío escenario. El apuntador, sentado enfrente de una mesilla, al lado del director de escena, recitaba en voz alta á los cómicos los papeles, mal aprendidos aún; las mujeres y los hombres que tomaban parte en el acto esperaban conversando entre los viejos bastidores el momento en que los llamaran; algunas jóvenes se entretenían haciendo labores de costura ó de crochet, para adornar su modesta ropa, y dos obesas mamás de complaciente sonrisa, convertidas en cancerberas celosas de las niñas, dormitaban sobre desvencijadas sillas de anea.

Volvían á repetirse las escenas, medían los pasos los actores haciendo ademanes de sentarse, de coger libros ó señalar objetos que no existían aún en el desnudo escenario. La sala, muda, desierta, con los palcos y las largas filas de butacas vacías, tenía una desolada tristeza, algo de cementerio; costaba trabajo rehacer la visión del aleteo de perfumes y sonrisas de la multitud, y pensar que aquellos pobres cómicos aburridos saldrían deslumbrantes, envidiados, causando la admiración de las niñas burguesas y los provincianos, entre la verde frondosidad de una selva ó las doradas columnas de un palacio.

Soledad, apartada del resto de la compañía, esperaba el momento de que la llamasen á repetir su papel, magistralmente, con algo de melancólico y despreciativo desdén, segura de la superioridad que despertaba la admiración de los otros al mismo tiempo que la antipatía. Envuelta en su gabán de pieles, viejo ya, pero fabuloso para sus modestas compañeras, representaba su papel de gran señora en el melodrama francés. Un partiquino recitaba su embolado.

— La señora condesa está servida.

Le miró fijamente; el eco de su voz había sonado en su oído como la vibración de una campana de plata.

Era un muchacho jovencito, moreno, con palidez de lirio, que tenía algo de gracioso y lánguido en sus movimientos.

Acabado el acto, Soledad se acercó á él.

— ¿Hace mucho tiempo que trabaja usted? — le preguntó.

— Mucho, señora; y no es la primera vez que formo parte de su compañía — contestó.

— ¿Sí?

— Estuve en la Comedia, hace quince años, con usted y con Vicente Gálvez.

— ¡Cómo! ¡Sería usted una criatura!

— Diez años; trabajaba en las obras en que había niños . . .

— ¿Y cómo en quince años, con sus aptitudes y su figura, no ha logrado otro puesto? — preguntó de nuevo la actriz.

— He estado en América . . . Allí hubiera sido algo al lado del maestro. . . de Vicente Gálvez. . . me quería mucho. . . ; pero tuve que volver á España... y España es ingrata... Madrid peor aún... olvidadizo. . . Lo trabajado fuera de aquí es perdido. . . Hasta Vicente, si volviera, hallaría dificultades . . . ; ya no se le recuerda . . . Usted misma, tan grande, tan artista, merecía otro puesto.

Soledad le envolvió en el abrazo de una mirada: le hablaba de su ídolo, y le tributaba un sincero homenaje de admiración, que cada vez era más escaso.

— ¿Por qué se vino usted? — dijo.

— Me llamaba una madre anciana, señora — repuso el joven.

— ¡Ah!

— ¡Y ha muerto!

Había lágrimas en su acento.

— ¡Se ama tanto á una madre, me he quedado tan solo!. . . — añadió él.

Soledad se sintió conmovida, y su mano, acariciante, buscó la de su compañero. Sin duda en las obras que representaron habría hecho más de una vez el papel de hijo suyo y de Vicente Gálvez. ¡Hijo de los dos! Y sentía abrirse las entrañas, ansiosas de amor maternal, y ablandarse en dulzura todos sus nervios.

Se lo preguntó con voz temblante.

— ¡Oh! Sí, señora. . . Me ha acariciado y me ha besado usted muchas veces. . . ¡Quisiera volver á ser niño, para merecer esa dicha!

Y, respetuosamente, llevó á sus labios la linda manecita que oprimía. Casi al mismo tiempo Soledad inclinó la cabeza y depositó entre la negra cabellera del muchacho un beso largo, dulce, maternal, como si firmaran un pacto amistoso. Con los ojos entornados, para guardar dentro del alma la pasión, les parecía que la sala desierta se poblaba de luces, y del carmesí de las butacas y las tapicerías de los palcos se elevaba una gasa rosa. Se embellecía aún para ella el triste teatro de la vida. Las candilejas le fingían estrellas, y los bastidores una selva en flor.

El amor había brotado entre el maderamen carcomido del vetusto escenario.

Era una flor de otoño en el alma de Soledad, una flor de color pálido y aroma penetrante: el último capítulo de su novela.

Hacía ya tres años que la actriz no tenía fuerzas para vestir con fantasía sus delirios carnales; tres años que despreciaba á sus amantes, y ahora volvía á sentir la ilusión aletear en su espíritu, como un rocío de juventud.

La tierna amistad de la actriz y el partiquino fué bien pronto comentada por la compañía con rumor de escándalo. Soledad exigía que se diesen al joven papeles de cierta importancia, y gracias á su protección llegó á ocupar el puesto de segundo galán.

El agradecimiento, el deslumbramiento de Paco, se tornaba en amor para la actriz: la vida del teatro, la costumbre de los amores fáciles, la hostilidad misma de sus compañeros, alarmados por el cambio de posición que representaba para el joven el amor de Soledad, eran factores que les

aproximaban, y sin embargo, no se había pronunciado entre ellos la palabra amor. Soledad tenía miedo á aquel cariño, presentía en él la inconstancia y las tempestades que destrozaron su vida cuando amó á Vicente, mientras que pasaron como hechos sin importancia con todos los amantes que encumbró su fantasía.

Aconsejada por la pasión, no quiso escuchar los consejos de la experiencia; quería que se supiese que Paco la amaba; tenía á gala el alarde de su pasión, y bien pronto la unión pública de los dos amantes vino á colmar el escándalo de la gente del teatro. Soledad se presentaba sin recato acompañada del joven, lo imponía.

La conclusión de la temporada precipitó los acontecimientos. Había de decidirse á amar á Paco ó separarse de su lado.

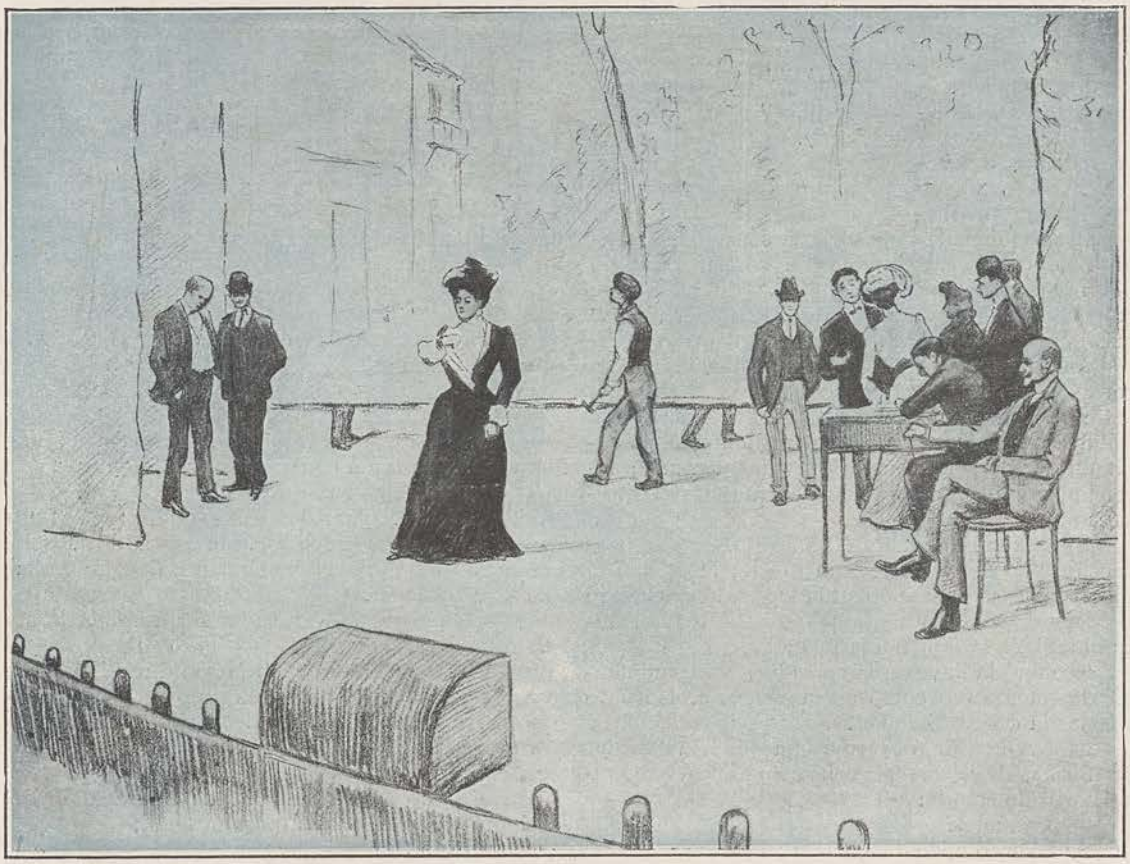
La visión del joven lejos de ella, prodigando á otras mujeres los cuidados y las ternuras que á ella le dedicaba, despertaron sus celos, violentos, salvajes. Eran en ella un sentimiento nuevo que debía ejercer influencia decisiva en su vida.

Ella rodeaba á aquel niño de ternura maternal, que no sintió jamás por nadie. Su carne, cansada para despertar á los latigazos sensuales, dormía en el ensueño de un amor casto, impregnado de suprema calma, tolerante con sus arrebatos pasionales y con su aturdimiento juvenil.

Aquella pasión precipitó la ruina: para no separarse de él tuvo que contratarse para ciudades

pequeñas, para ferias de pueblos; más de una vez los empresarios no les pagaron, y las joyas de Soledad, testimonios de gloria y vergüenza, tuvieron que ir á las casas de empeño.

Con las dificultades empezaron los disgustos. Paco se impacientaba, cansado ya de la férula que le imponía el amor de la artista, que se volvía tirana, celosa, según cifraba, cada vez más, toda su existencia en aquella pasión, último rayo de sol de invierno que caía sobre su gastada existencia. Sus esfuerzos para luchar con los estragos del tiempo eran tanto más desesperados, cuanto más escaseaban los recursos de tocador; y al lado de la juventud de su amante se hacía más visible su



ruina. Más de una vez, su corazón enamorado se angustió al oir que le decían, preguntando por Paco: «¿Está su hijo?» Y temblaba de rabia y de inquietud al oir que le decían al amado, hablándole de ella: «Su mamá de usted.»

El cansancio, el hartazgo llegaba, lo sentía ella misma.

Paco la recriminaba por su desidia; los recursos escaseaban cada vez más; contaba aún con buenas relaciones: amigos de otros tiempos, críticos, periodistas, autores de fama, cuyas primeras obras se estrenaron gracias á ella, en el tiempo en que era omnipotente, no podían haber olvidado á la actriz que les abrió el templo de la gloria.

¿Por qué no se dirigía á ellos para que la recomendasen á las Empresas, cuando tanto urgía encontrar contrata?

Replicaba Soledad con voz desalentada. ¿Para qué molestarse? ¡Ella había pasado! Y, al fin, por ceder á las indicaciones de su amante, iba á ver á todos aquellos señores. Unos no la recibían; otros, los que le debían agradecimiento, no se acordaban de ella. Algunos le hablaban de un modo cínico de «aquellos tiempos.»

La infeliz mujer conoció que le era imposible luchar con todas aquellas actrices jovencitas que lucían descotes escandalosos; pero en su orgullo achacaba su derrota á la falta de medios de fortuna, á la insignificancia de su amante. Se volvían contra él todas sus quejas y no supo ocultarle el peso de su desdén.

Cada conversación entre ellos terminaba con un disgusto nuevo; él sentíase herido por la altanería de Soledad, con tanto más motivo cuanto realmente sentíase inferior.

Aquel amor ahogaba. Soledad tenía para Paco todas las ternuras, le prodigaba todos los cuidados que jamás ofrendó á nadie; pero al mismo tiempo le tiranizaba con fiebre celosa, sin darle libertad de acción ni casi de pensamiento; exaltada, irritable, siempre en melodrama; su pasión absorbente destrozaba á los dos.

Paco huía de las tempestades del hogar, donde sólo la paz es grata, y pasaba el tiempo en la cervecería, en la Maison Doré ó en las aceras de

la calle de Sevilla, en aquel mentidero de cómicos y torerillos sin contrata, adonde también acuden todos los jovencitos afeminados de la corte deseosos de ser Mecenas.

Quejábase Soledad del abandono, pensando que en vez de buscar contrata corría detrás de alguna aventura, mientras ella, para no desprenderse de sus diamantes, hacía milagros de economía y cuidaba de los oficios caseros sin compasión á sus pobres manos de azucena.

Aquella noche, mientras manejaba con torpeza la aguja, picándose los dedos, su imaginación corría el campo del recuerdo. No podía quejarse de nada, era culpa suya todo lo sucedido: de haber tenido más corazón que cerebro. Soledad llamaba corazón á todos los arrebatos é incontinencias de su carne.

Consideraba como la última locura su unión pública con Paco. Cuando se verificó estaba solicitada por personas que le convenían, y su carácter impulsivo la inclinó hacia el que más despertaba sus sentidos.

¡Si al menos la amara él! Sólo el deseo de protección y la costumbre, eran lo que le ligaban á ella; acabaría por irse de su lado y, tal vez cuando eso sucediese, sería mejor. ¡Vendría antes la tranquilidad! Ya la fatigaba la lucha . . .

Rechinó la llave en la cerradura y un momento después Paco entró en la estancia. Levantó apenas la cabeza Soledad.

El joven se dejó caer en una silla, sin guardar las formas de la cortesía con su amante, y preguntó por todo saludo:

— ¿Cenamos?

Se levantó ella silenciosa, resignada.

— Al momento.

Paco se levantó también. Entre los dos cubrieron la pequeña mesa con un mantel de dudosa blancura, dos platos de loza delante del sitio que había de ocupar cada uno, dos vasos para el agua, una sola copa para el vino, la botella casi vacía, el viejo salero y los cubiertos de estaño.

Soledad fué á la cocina y volvió con la cazuela de carne y patatas, conservada todo el día al calor y la colocó en el centro de la mesa. Entre tanto Paco sacaba del aparador un pedazo de fiambre, un plato con queso de bola y otro con pasas y nueces.

— ¿El pan? — preguntó Soledad.

El alcanzó de la tabla más alta media libreta y la dejó sobre el mantel. Era ella la que cortaba el pan y servía los platos.

La comida empezó triste; el disgusto de ambos y lo poco apetitoso de los manjares contribuían á mantener la situación penosa.

— ¿Hay algo nuevo? — preguntó Soledad al fin.

— Sí — repuso el joven —, hay una contrata... pero no para los dos . . . será preciso conformarnos.

— ¿Cómo?

— Me contrata Márquez para trabajar en Valencia . . . Un buen contrato . . . cuatro duros.

— Pero . . . ¿y yo?

— ¿Tú? . . . Querida, siento decírtelo. ¡Pero qué demonio! Es preciso. . . He agotado todos los medios y tengo el convencimiento de que no hallarás colocación.

— ¿Qué dices? — exclamó sorprendida la artista.

— Es tuya la culpa . . . Me lo decía hoy Márquez . . . Todas las primeras actrices sois lo mismo . . . no queréis dejar de serlo jamás . . . Podrías contratarte de dama . . . de característica, ya . . .

No pudo seguir. La artista se levantó del asiento trémula, pálida, preguntando:

— ¿Pero tú crees. . . ?

— Es una triste verdad — repuso él resignado.

Estalló el furor de la actriz. ¡Aquel hombre estaba loco! En vez de defenderla prestaba asentimiento á los manejos de sus enemigos. Era él quien tenía la culpa de todo.

Se retorcía, llorando desesperada. Paco tuvo lástima.

— No me has entendido, Soledad — dijo —; yo no he hecho más que manifestarte lo que me han dicho . . . yo sé mejor que nadie lo mucho que vales . . .

Pareció serenarse ella.

— Será preciso hacer un esfuerzo y probarles lo que aun puedo hacer — dijo con altivez —. Rechaza ese contrato.

— Imposible — contestó friamente el joven.

— ¿Qué?

— Lo he firmado esta tarde.

— ¿Sin mi consentimiento? — exclamó ella estupefacta.

— Sí, porque esperaba esto y yo no puedo seguir en esta situación... á expensas tuyas.

— ¿Irte tú? ¿Separarnos? — siguió Soledad —. ¡Nunca!

Le brillaban los ojos con llamaradas de incendio.

— Es por poco tiempo — siguió Paco —. Mi dignidad no me permite seguir sufriendo que tú me mantengas... esto debe concluir.

— Si te vas, me pierdes para siempre — rugió ella.

— Lo sentiré, querida; pero no es mía la culpa — repuso él imperturbable.

Volvió á montar en cólera la actriz.

— ¡Ah, miserable!... Eso es lo que tú deseas: abandonarme... después de que á mí me lo debes todo... que te saqué de la obscuridad... de los sacrificios que por tí he hecho...

— ¡Por mí! ¡Sacrificios! — repuso brutalmente al insulto Paco—. Es gracioso... Me ofreciste las sobras de todos tus amantes... Vienes brindándome protección... hija mía, te crees una gran artista... Eso habrá sido otras veces... Ahora los años han pasado y soy yo el que tiene muchos por delante...

La artista le escuchaba inmóvil, muda; una palidez mate hacía amarillear sus mejillas, pero su cólera había pasado. La grosería de aquel hombre mató el último chispazo de pasión que le quedaba; la realidad la hería con luz tan viva como si al despertar de un sueño abrieran el balcón; aturdida, con los ojos cerrados, se dejó caer en la silla; buscaba fuerzas para mirar la luz cara á cara.

Paco la contemplaba asombrado, sin comprenderla, y algo pesaroso de que no estallase la borrasca provocada por sus palabras.

— ¿Qué dices? — preguntó al fin, viéndola siempre callada.

— Nada... Paco... nada... tienes razón... lo comprendo.

— Pero... — tartamudeó él desconcertado.

— Debes irte á Valencia... seguir tu carrera... yo continuaré mi vida... sola... no tienes tú la culpa de que no haya sabido tener un brazo en que apoyarme...

Paco se sentía conmovido por el dolor de aquella calma.

— Exageras, Soledad — dijo.

— Tal vez... Exagerar ha sido la desgracia de mi vida... Todo me parecía pequeño... yo lo adornaba, lo embellecía... El sueño me apartaba de la realidad...

Calló un momento y sacudió la cabeza con un gesto de decisión.

— No me pesa — continuó después —. ¡He vivido!

— ¡Soledad...!

Estaba hermosa, rejuvenecida.

— Cállate — ordenó ella interrumpiéndole —. Estoy decidida á que todo termine...

Su voz acusaba una firme resolución; volvía á ser la artista triunfadora, señora de sus pasiones, dueña de la situación.

Tal vez Paco había deseado aquel rompimiento; pero al llegar el instante de verificarse experimentaba un dolor acerbo... Dolor por despecho de que se alejase de su lado una mujer de la cual se creía amado; recuerdo de sus días de felicidad; sentimiento por las desvanecidas ilusiones; tormento de ver rotas las costumbres de su vida familiar... No podía explicarse lo que le sucedía.

Se acercó tembloroso, suplicante.

— No, Soledad, Soledad de mi lama... tú no puedes abandonarme... perdóname... haré cuanto tú quieras...

Dejó ella caer la mano sobre la ardorosa frente de Paco.

—Niño—murmuró —, no te apenes... Lo que sucede es lógico... yo había soñado... Era tan dulce besar tus labios... vivir tu vida... reposar en tus brazos... Esa felidad que me has dado vale las amarguras que se siguen...

Suspiraba las palabras dulcemente.

— Soledad, perdóname —repitió él —. Te amo siempre.

—¡Siempre! — continuó ella —. ¡Siempre!... El imposible *siempre* que ambiciona el amor para su martirio, el que nos lleva á la locura y al crimen. ¿Acaso puede haber algo eterno é inmutable? ¿Por qué no coger el amor como las rosas, sin pensar en lo poco duradero de su perfume?

—Soledad, no hables así — interrumpió Paco; — ese escepticismo falso te desgarra el corazón... Yo te amo... no podría vivir sin ti.

— Tal vez me ames un poco, pobre niño; tal vez sufras... pero es preciso que la escena de hace un momento no se repita... que no lleguemos á odiarnos... Hemos querido unir una vida que empieza y otra que acaba... son distintos senderos...

Paco habló con calor, con pasión, ahogando entre besos las frases de la artista... y cuando suspirante de amor y caricias se dormía entre sus brazos en el modesto lecho, ella le besó entre los cabellos con un beso largo... suave... sin ruido...

A la mañana siguiente Paco la esperó en vano. La actriz había llevado á cabo su resolución: rompía una vez más el camino de su vida.

III

Contemplaba Soledad el paisaje á través de la cerrada vidriera. La tristeza otoñal era mayor en el abandonado y lujoso balneario.

Los hotelitos ocultos poco antes entre verdura, aparecían diseminados en el triste panorama, entre los árboles desnudos, con las persianas corridas, llenas de polvo, empañados los vidrios, cerradas las puertas; todo ofrecía un melancólico aspecto de quietud, algo semejante á los cementerios.

Habían desaparecido de la orilla de la playa las casetas de los bañistas, y del elegante Casino quedaba sólo el carcomido armazón de madera contra el cual batían las olas con furiosas cresterías de espuma, como si buscasen el rumor de sedas y risas, el tintineo del oro, al chocar unas monedas con otras sobre el muelle tapete y la alegre visión de trajes claros, gasas y encajes, envolviendo á tanta mujer bonita como iba á mojar las carnes nacarinas en sus aguas.

Tenía el cielo el triste tono violeta precusor de la tempestad; fajas rojizas cruzaban como bandas el horizonte; algunos grandes nubarrones negruzcos se desgarraban en el aire tomando al pasar ligeros mil caprichosas formas cabalísticas y monstruosas, como producto del delirio producido por la fiebre en un cerebro artista.

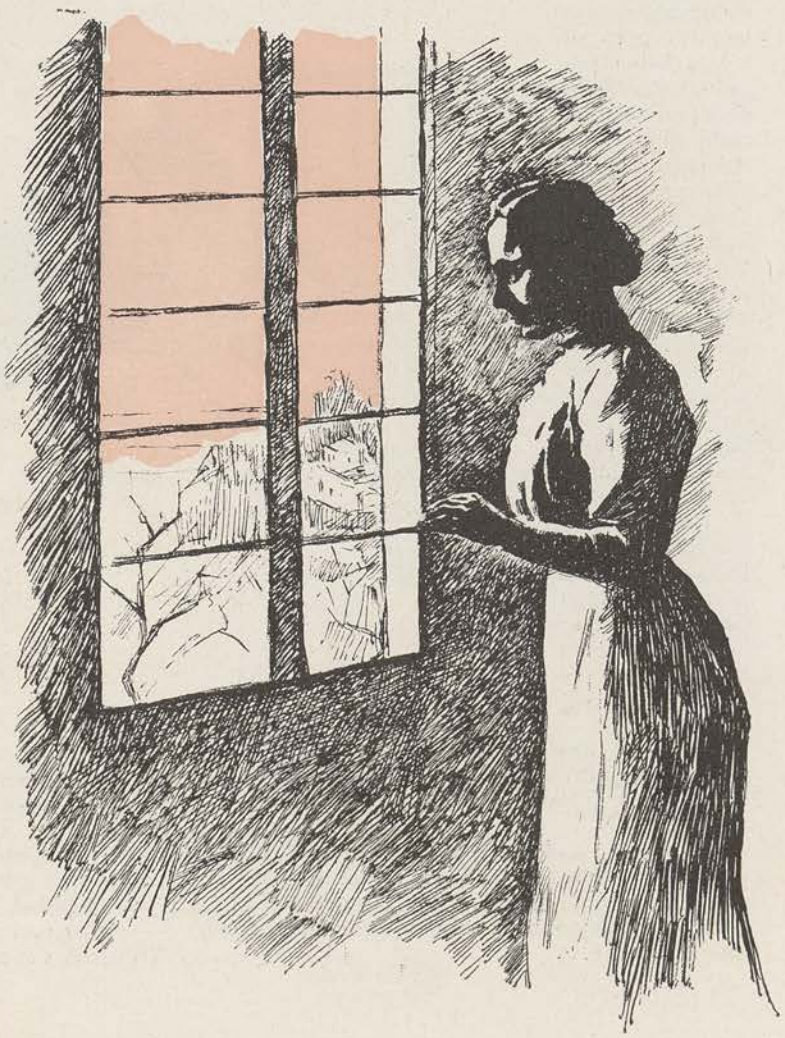
El viento que las empujaba hacía abatirse en extrañas contorsiones á las ramas secas de los árboles, cuyas últimas hojas caían entre la broza arremolinada contra el tronco con crujidos resecos y sordos.

Venía el tinte del cielo á teñir todo el paisaje con un velo de luto, y se retrataba en las obscuras ondas que se mecían á lo lejos en montañas de agua para precipitarse rugiendo en la arena, deshechas en espuma de nieve.

Había en todo el ambiente la melancólica tristeza de las glorias que pasan, la tristeza de la gran señora que envuelve en manto de terciopelo su abandono, y sin gritos ni llanto muestra sólo el dolor en la dulzura de las facciones y en la contracción de una sonrisa que conmueve mucho más el espíritu que los ostentosos alardes y gritos de la mujer vulgar revolviéndose en convulsiones de desesperación.

Las barcas de los pescadores estaban varadas en la playa, sin atreverse á salir al mar, y las redes, tendidas sobre la arena, obscurecían el fondo del paisaje. Cerca de ellas agrupábanse hombres, mujeres y chiquillos, vestidas las segundas con trajes cortos y largas trenzas caídas sobre los hombros, y los chicuelos con el cabello de color de lino, tostado por el sol, cubiertos, lo mismo que los hombres, con pantalones de bayeta amarilla, azul ó encarnada, desnudos los bustos, descalzos los pies, con un gracioso aspecto arlequinesco, que no llegaba, sin embargo, á alegrar con sus notas de color el paisaje, sino que se acomodaban á él con la extraña y melancólica indolencia de sus actitudes.

Cerca de las ventanas del hotel vagaba una



joven mendiga, una adolescente de piernecitas rectas, seno liso, cuello desnudo, vestida con un traje pardo de tela tosca, que tomaba al plegarse á su cuerpo las graciosas ondulaciones de una túnica griega y rodeaba la figura de la mendiga de la interesante poesía de las estatuas clásicas.

Dentro del hotel se notaba asimismo el bostezo invernal. Los sirvientes, escasos y perezosos, permanecían sentados en un ángulo del patio, en forzosa ociosidad, y el gran comedor, con escasa luz, ofrecía un aspecto desolado, frío, con las blancas mesas desiertas en la melancólica quietud del crepúsculo.

¡Cómo sentía Soledad la tristeza de la ciudad dormida! Su corazón, pronto á todas las vibraciones, experimentaba el dolor del ambiente.

¿Debería quedarse allí más tiempo ó marcharse ella también? . . . ¿Adónde? No la esperaba nadie en ninguna parte.

Desde su retirada definitiva del teatro, cuando terminó sus relaciones con Paco, vivía con la modesta renta que el tanto por ciento del importe de la venta de sus alhajas le produjo; separada de todo trato social, viajando continuamente, no con el fausto de otros tiempos, sino con excesiva modestia. Un mismo lugar la aburría pronto; necesitaba cambios, escenarios nuevos, para distraer la fantasía atormentadora de recuerdos y anhelos que no habían de realizarse jamás. La seguía mortificando esa insaciable ansiedad de los corazones sin amor, la tristeza de los hogares vacíos, de esas casas frías donde no mora la pasión, para hacerlas agradables.

En casi todas partes pasaba inadvertida; le parecía imposible que el público que tanto la aplaudió, los periodistas que solicitaban sus confidencias, todas las gentes que la adulaban y decían quererla, la hubiesen olvidado ya. No escuchaba jamás su nombre al citar á los artistas célebres. Se había colocado sobre su cuerpo vivo la losa sepulcral de los muertos, sin epitafio, como si no hubiera existido.

Aquel año, en el balneario de moda, nadie se ocupó de ella. Su situación inadvertida entre la multitud, no tenía la tranquila indiferencia de los séres desconocidos; envolvía algo mortificante: ella no era una desconocida, era una olvidada.

El camarero que le preguntaba si había de servir la comida, vino á sacarla de sus meditaciones. Sí, ¿por qué no? Comer sola y despacio para entretener el tiempo en espera de algo que no había de llegar jamás, era una ocupación enojosa, y cuanto antes se concluyera, mejor.

Se colocó distraídamente de cara al espejo apaisado que reproducía la habitación para dar la ilusión de mayor magnitud; á su espalda dos viajantes de comercio discutían acerca del movimiento comercial, de las plazas visitadas por ellos últimamente, y frente á ella un caballero anciano daba fin á su comida.

Más lejos, junto á la puerta de entrada, se habían ocupado otras dos mesas. En una esperaba que la sirviesen una dama alta, rubia, vestida con elegante abrigo de viaje y gran velo de gasa verde en el sombrero; tenía aspecto de extranjera, acostumbrada á viajar mucho, y parecía absorta en sus pensamientos, indiferente á cuanto la rodeaba. La otra mesa estaba ocupada por tres caballeros, gordo el uno, con esa cara de satisfacción y de franqueza que aparenta la obesidad; elegantes y jóvenes los otros dos, con esa exagerada elegancia provinciana, deseosa de llamar la atención cuando rompe la monotonía de la vida con un pequeño viaje de pocas leguas, que sirve de comidilla á su conversación y sus recuerdos durante muchos años.

El más joven, que sin duda salió de su pueblo soñando en las encantadas aventuras de viaje, el amor de una princesa rubia ó el suicidio de una casadita sentimental, se esforzaba por atraer la atención de la linda viajera indiferente: hablaba alto, reñía al mozo por sus descuidos y encontraba faltas al servicio, hasta que al fin, cansado y de mal humor, volvió la espalda á su imperturbable vecina y empezó á leer en voz alta un periódico.

Las escasas lámparas encendidas envolvían el extraño cuadro en una media luz triste, y el viento zumbaba fuera estremeciendo los cristales al azotarlos.

Soledad miró distraída en torno y un ligero temblor agitó su cuerpo. ¡Cómo se parecía aquel caballero solo, colocado frente á ella, á Vicente Gálvez! ¡Al ídolo de toda su vida!

Hacía muchos años que no sabía de él; ignoraba si se retiró del teatro y hasta si vivía... Pero de todos modos, no era posible que fuese aquel anciano, de cabellos blancos, sacudido por continua tos, aunque en el rostro apergaminado y en los hundidos ojos hubiese algo de los rasgos y de la mirada del actor.

¡Quizás no existía la vaga semejanza más que en su mente! Su pensamiento había reflejado sobre muchas personas la imagen del artista, y aun en el invierno de la ancianidad no lograba echarla de su alma. Sin duda estaba tan agarrada en ella porque le había vestido de carne de ideal.

La semejanza tiraba de sus ojos; cada vez le encontraba más parecido con su antiguo amante; recordaba las líneas fuertes y viriles del artista joven en el cuerpo enjuto del anciano. La estatura, un poco menor al encorvarse hacia la tierra; los rizos de la cabellera, en bucles blancos hacia los lados de las sienes; la noble frente, prolongada en la luciente calva; la nariz aguileña, agrandándose en el demacrado rostro; sumidos en la boca, desguarnecida, los carnosos labios, y los ojos profundos, llameantes, penetrando como estiletes en los espíritus entre los entornados párpados.

Sí, aquéllos eran sus ojos; no había olvidado la mirada.

En la duda volvía á contemplar al viejo, ocupado en saborear tranquilamente su taza de café. Buscaba anhelosa en él parecidos y semejanzas. No tenía barba y la piel morena, cruzada por arrugas y venillas azulosas y moradas que se entrecruzaban en menuda red, no se parecían á la tersa tez de su amante. . .

Aquellos eran sus ojos. . . pero no eran aquellos los labios que había besado... ¿Acaso no cambió ella también? Lo notaba menos porque, viéndose todos los días, se iba acostumbrando á su ruina, mientras Vicente vivía bello y joven en su recuerdo, tal como le vió la última vez.

Se contempló al espejo. Un lirio azul había tendido sus pétalos sobre el marfil de las mejillas, y

el fuego de sus ojos brillaba oculto entre las arrugadas cortinas de los párpados, bajo la nieve de los cabellos.

Nerviosa tosió, se movió en la silla, llamó al camarero; su vecino seguía absorto y distraído, sin reparar en nada de lo que en torno suyo sucedía. La actriz necesitaba salir de dudas.

— ¿Quién es ese caballero?—preguntó al mozo.

— No sé, señora.

— Ruego á usted que me haga el favor de enterarse, necesito saberlo... pregúntelo.

Volvió el sirviente á los pocos momentos.

— Ese señor llegó esta mañana; ha sido cómico...

— ¡Su nombre!...

— Don Vicente Gálvez.

— ¡¡Vicente!!

Vibró su voz con el acento de los días de juventud en un supremo grito de pasión.

Levantóse de un salto el anciano; sobre su rostro se había extendido la amarillez de la cera.

El no dudó.

— ¡¡Soledad!!...

Le tendió ella los brazos, sin reparar en el absorto camarero.

Vicente pareció dudar un instante.

Después, con acento bondadoso, lleno de la amarga resignación que deja al pasar los años el sedimento de la filosofía, murmuró:

— Bien... sí... Estamos lo bastante al final del sendero para poder reconciliarnos.

Extendió una mano flaca, de nudosos dedos, para estrechar las pálidas y huesudas manos de la ex actriz.

Y mientras Soledad se desplomaba en la silla llorando, Vicente se llevó á los secos labios aquella mano de azucena marchita y la besó...

* * *

Los primeros momentos fueron penosos; revivían al volverse á ver las ofensas pasadas, los recuerdos de la traición y la locura que destrozaron sus existencias.

Vicente tuvo bastante voluntad para dominar su emoción, correr la gasa del olvido sobre el pasado y lograr que Soledad se calmase, hablándole como si aquella separación de treinta años fuese de una corta temporada y como si el amor y el desengaño no hubiesen vivido nunca entre ellos.

— ¿No trabajas ahora? — le preguntó.

— No... ya no... ¿Y tú? — respondió Soledad.

— Tampoco...

Eran dos ruinas, dos inválidos, y sin embargo les costaba trabajo confesar á uno delante del otro su vencimiento. Tal vez cuando lucharon separados, el anhelo de gloria obedecía al deseo de ofrecérsela.

Empezaron á contar sus triunfos.

Le habló ella de las temporadas famosas, de las ovaciones, de las coronas, de los versos y de los homenajes que obtuvo después de su separación.

En aquel terreno le fué fácil seguirla á Vicente. Le habían tributado en América honores de rey... y la vida de los recuerdos les embriagaba; se contaban anécdotas y triunfos, sin que ninguno de los dos se cansase de aquella exhumación de sus glorias, con esa vanidad que no muere jamás en los artistas.

Entre tanto había anochecido. Las escasas luces de la población brillaban en la obscuridad de un modo fantástico, sin divisarse más que su resplandor, como si fuesen pequeñas estrellas tendidas en el aire. No se escuchaba más ruido que el del ronco azotar de las olas y la carcajada de las espumas al deshacerse sobre las arenas. El viento, piadoso, se había dormido entre los brazos de la sombra; el cielo, limpio de nubes, brillaba con la intensa majestad de su azul y los luceros titilaban desgranándose en guirnaldas de luces sobre el fondo negro de las inquietas aguas.

Era preciso irse de allí; el camarero dormitaba de pie, junto á la puerta, con cara de mal humor, esperando que terminasen aquellos dos señores viejos que charlaban con volubilidad de chicuelos; y, sin embargo, ninguno de los dos acertaba á separarse, como si todo fuese un sueño que había de desvanecerse de nuevo. Hallaban en las sombras de su ancianidad dulzura de noche serena; de almas que se comprenden y descansan juntas después de haberse buscado mucho tiempo.

— Podemos pasar á tu habitación ó á la mía — insinuó él.

— ¿A esta hora? — objetó ella.

Y el rubor le coloreó ligeramente el rostro. Se avergonzaba de que la hallasen ridícula.

Vicente guardó silencio.

— ¿Quieres que demos un paseo? — continuó la actriz —. Ha quedado una noche hermosa y templada.

El ex actor aceptó el proyecto con galantería juvenil, y el cada vez más admirado camarero ayudó á ponerles los abrigos y las bufandas, sonriendo piadoso de aquellos dos buenos señores que se transportaban á los días de su juventud.

Salieron del hotel cogidos del brazo, andando despacio, y siguieron la calle de árboles que se extendía ante ellos.

En el ambiente otoñal había efluvios de primavera. El aire, cargado de perfume de algas, tenía sabor á marisco.

Seguían el camino abierto entre los árboles, en medio de la noche sin luna, á la claridad violeta de los luceros, que se hundían en el azul transparente y lechoso como rosas de amatistas.

Por entre los troncos de los altos árboles descubrían el terreno escueto, de escasa vegetación, entre el que serpenteaba el blanquecino y polvoriento sendero, pareciendo estrecharse á lo lejos, mientras que el ramaje de las altas copas les impedía contemplar el cielo.

El silencio era profundo, solemne, y los dos callaban sin atreverse á escuchar su propia voz. La sombra de las ramas pasaba dibujando arabescos sobre sus rostros á la débil luz de las estrellas y la tierra parecía hincharse en perfume de noche con el beso refrescante del rocío. A lo lejos el mar seguía azotando la costa y jugando con los luceros reflejados en sus ondas.

Vicente contemplaba á su compañera, pensando con tristeza: «¡Qué lástima que envejezca una mujer hermosa!»

Se indignaba contra la injusticia de la Natura-

leza, que destruye sin piedad sus mejores obras: las rosas, las florecillas del campo, las estatuas de carne y el cerebro de los genios. Todas estas bellezas pasan sin que apenen á los hombres tanto como la destrucción de una obra de arte debida á su esfuerzo; y la más insignificante de ellas supera al mejor cuadro y á la piedra más magnífica. ¿Por qué sucede esto? Acaso por la prodigalidad de la Natura, que sin esfuerzo crea y destruye; artista pródigo y cruel, único que no ama sus creaciones.

Entre tanto Soledad, mirando á su antiguo amante sumido en sus meditaciones, pensaba: «¡Qué lástima que envejezca un artista tan grande!» Se indignaba contra la injusticia del vivir. Los genios que disponen de medios materiales para grabar su inspiración en el lienzo, el papel ó la piedra, viven siempre en el recuerdo de las generaciones que les suceden. El actor, el cantante, el ejecutante, intérpretes necesarios de la música y la poesía, por cuya mediación triunfan los grandes maestros, no dejarán nada en pos de sí... Sus triunfos son tan breves como el sonido que vibra un momento en el aire y después se pierde... se aleja con la rapidez del aplauso que arrancan ó de la hoja de periódico donde se narra!... Pobres séres que sienten inflamarse su sangre en las venas al soplo que depositó el arte sobre su frente y pasan como pájaros cantores... dejando el alma en sus trinos.

Y pensando y andando se alejaban de la ciudad.

El cansancio les avisó que era necesario regresar al hotel.

Por un acuerdo tácito se apartaron del camino para descansar y fueron á sentarse al pie de un gran sauce que extendía sus ramas en un pequeño barranco, por donde corría un arroyuelo.

Las sombras daban misterio y poesía al paraje, parecido á la decoración de un teatro. ¿Acaso no eran ellos fuertes y jóvenes, que representaban aquel papel? Podrían despojarse de su vejez como de sus vestiduras de reyes. Se veían desnudos en plena juventud.

La verdura, crecida con el frescor del agua y de la umbría, tapaba las laderas; los arbolillos se inclinaban sobre el cauce en artístico desorden, y las brillantes flores rosa de las adelfas brillaban entre el negror lustroso y afelpado de las hojas. Un grupo de álamos lucía la blancura de las hojas, y los juncos y cañaverales de la orilla del agua recortaban sus siluetas caprichosas sobre el fondo de sombras.

Allí, bajo la bóveda de ramaje que les cubría, reanudaron la conversación. Adivinaban los dos sus miserias y era preciso confesárselas.

Empezó Vicente. Se había arruinado por su culpa... Le engañaron todas las personas en quienes depositó su confianza...; abusaron de su buena fe... Luego una enfermedad...; se quedó sin voz... Volvió á España, porque no quería que conociesen su decadencia donde le habían aplaudido como á un dios. Y aquí nadie le hizo caso... Vivía de sus escasos ahorros, pobre y enfermo, entre la indiferencia general... No se había casado...; solo... sin familia, sin que nadie le amara..., era un desecho de la vida, un sér cuyo jugo exprimió entre su engranaje la gran máquina social, para tirarlo después sobre la arena como residuo inútil.

¡Oh! ¡Si se volviera á nacer con experiencia! La embriaguez del arte no le privaría de buscar la tranquilidad de los afectos sinceros. No pasaría la vida en trabajar y en correr detrás de un fantasma, para luego hallarse solo y cansado al final del camino.

Cuando se calló, como continuación de su voz, lenta y dolorida, vibró el triste acento de Soledad.

— ¡Oh ¡Como yo!... ¡Nuestra suerte ha sido la misma!... La suerte de todos los inválidos del arte.

— No — protestó Vicente —. La suerte de los que no han sabido crearse una existencia libre de vanidades...; de los que, semejantes á los patricios pródigos de los dramas romanos, pasan, coronados de rosas, por el banquete de la vida, y tiran al final las vajillas de plata á los esclavos. Así tiramos nosotros todo: Arte, juventud... amor...

¡Amor!

Era la primera vez que pronunciaban esa palabra, y sus rostros arrugados se hincharon con sangre de juvenil rubor, que afluía de los corazones. Maquinalmente bajaron la voz para pronunciar á un tiempo mismo:

— ¡Amor!

— ¡Amor!

Y callaron para conservar el eco.

El arroyo corría, murmurando la canción de cristales del agua al quebrarse contra las piedras y los tallos de las hierbecillas; se estremecían las adelfas suavemente; un leve rumor mecía la copa del sauce y de los álamos, como si pasase sobre ellos un aliento tibio. Los cañaverales y juncos de la orilla del cauce se balanceaban, agitados por los enanitos y gnomos que moran en sus nudos.

Por un momento Vicente y Soledad prestaron atención á lo que decía el alma de la noche en el estremecimiento de las plantas y la canción del agua.

Fingían voces humanas...; hablaban de amor también...; contaban la historia de dos almas buenas, á las cuales separó el destino..., y narraban, rimando sus cadencias, miserias y dolores; triunfadoras pasiones de amor propio, de vanidad y lujuria, corriendo en pos de irrealizables ensueños... Referían triunfos que sonaban en sus corazones vacíos sin hallar eco... Ansiedad de almas que se buscaron siempre... y se encontraron tarde...; amarguras de los que, en la ancianidad, conocen que jamás han vivido.

Los artistas deletrearon y comprendieron aquella historia de muchos...; era también la historia de sus corazones.

Vicente resumió en una frase todo el dolor de sus vidas:

— Debimos marchar juntos para ser dichosos, y no supimos elegir entre los múltiples senderos que que nos ofrecía la vida... ¡Felices los modestos, llevan trazado el camino!... Son vidas que corren paralelas.

— Y así nosotros hemos llegado solos por distintos senderos á la misma fuente de dolor — repuso ella.

— Siempre con un deseo insaciable en el alma — añadió él.

— Siempre con un solo deseo — afirmó Soledad.

— ¡Lo imposible! — dijo él sentenciosamente.

Y ella respondió como un eco:

— ¡Lo imposible!

— Mi ideal encarnó en ti porque eras hermosa...

— Mi ideal encarnó en ti porque eras artista.

Los pintados labios de la actriz se unieron á los pálidos de Vicente, y los cuerpos, enflaquecidos como troncos sin savia, se enlazaron en un abrazo.

Hubo un estremecimiento de hojas y flores; el agua entonó más alto su canción; sacudieron su cabellera de ramas los arbustos; las rosas flores de la adelfa desplegaron sus perfumes... Titilaban

— Tu hermosura te alejó de mí.

— El arte fué mi enemigo.

Habían descubierto el enigma; la vanidad de séres superiores, las imaginaciones exaltadas fueron las que separaron sus vidas. La Naturaleza, al darles sus dones, les había entregado el germen de la infelicidad.

Tuvieron la visión exacta de las flaquezas humanas para envolverlos en perdón y olvido.

— Hay algo que no muere y es superior al arte — añadió Vicente.

— Algo que sobrevive á la hermosura — respondió Soledad.

Se miraron fijamente al fondo de los marchitos ojos, iluminados por chispazos brillantes de recuerdos que se confundían, quebrándose en lluvia de oro al rayo de sus miradas.

las estrellas... Del fondo del barranco se elevó una risa triunfal... El amor de dos almas había sobrevivido á la ruina de la carne.

El eco de aquel beso, ansioso y puro, hizo gemir á los ancianos...

Se realizaba su sueño... Al fin estallaba el beso dormido tantos años sobre sus labios, el beso buscado en tantas bocas...

— ¡Viejo mío!...

— ¡Vieja mía!...

Susurraron ambos con ternura.

Hallaron un placer en la extraña frase de cariño. Su ancianidad, la nieve de los cabellos, era la blanca túnica de pureza que les permitía perdonar el pasado y comprender, con la experiencia de la razón, que se amaron siempre, entre el torbellino de las más impuras pasiones.

Callaron de nuevo...; su vejez les causaba dulzura y tormento, porque al mismo tiempo que liberaba el espíritu era la condenación de sus cuerpos.

Volvía á atormentarles el continuo anhelar de lo imposible.

El amor encendía sus imaginaciones en fecundación de selva virgen, y las pobres carnes viejas sentían la tortura de la impotencia para resucitar goces...

Pensaron en sus embriagueces de otros días... y casi á un mismo tiempo, con voz queda y temblorosa, murmuraron la frase terrible de las grandes nostalgias... el compendio de todas las amarguras irremediables:

— ¿Te acuerdas? ...

Carmen de Burgos Seguí
(Colombine)

FIN

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria. No se devuelven los originales. El papel empleado en esta revista es de La Papelera Española. Fotograbados de Durá y Compañía. Imprenta de José Blass y Cía., San Mateo 1. Madrid.

Tapas para „El Cuento Semanal"

Tenemos el gusto de participar á nuestros lectores que acaban de ponerse á la venta en esta Administración unas artísticas *tapas de tela inglesa* para encuadernar el tercer tomo de **El Cuento Semanal,** correspondiente al primer semestre del presente año. : : : : : : : : : : : : : : : : : :

PRECIO DE LAS TAPAS: **DOS** PESETAS

RECOMENDAMOS, POR SUS PRECIOS Y NOVEDADES,
LA JOYERÍA DE M. GONZÁLEZ — MONTERA, 22.

FÁBRICA DE CORBATAS
CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
PRECIO FIJO 12, CAPELLANES, 12 PRECIO FIJO

PÉREZ MOLINA Último „chic" en pulseras de pedida y botonaduras de brillantes.
CARRERA DE SAN JERÓNIMO 28

CHAMPAGNE BINET
REIMS
SUPERIOR Á TODOS LOS DE IGUAL PRECIO

Mermeladas TREVIJANO

UNA BOCA ESMALTADA, DE DIENTES LIMPIOS Y SANOS, CONSTITUYE EL BOUQUET DE LA HERMOSURA SOSTENIDA POR EL LICOR DEL POLO. ÚNICO DENTIFRICO VERDAD.

AGUA DE COLONIA CONCENTRADA
Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto. ALVAREZ GOMEZ - Calle de Peligros, 1 duplicado.

PULSERAS DE PEDIDA
Nuevos modelos. - Joyería de moda, Carretas, 3.

SENOS
desarollados, reconstituidos,
hermoseados, fortificados
en dos meses con las
PILULES ORIENTALES
del Dr RATIÉ
El único producto que asegura el desarollo y la firmeza del pecho, sin perjudicar la salud.
Aprobadas por celebridades médicas.
Un frasco se remite por correo, enviando 7.50 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrian y Cª, Puerta ferrisa, 18, Barcelona.
De venta en Madrid · Farm : Gayoso, Arenal

BALNEARIO BETELÚ - NAVARRA
Curación de las vías respiratorias.
Clima y paisaje deliciosos. - Servicios de primer orden.

Hunyadi János
La más rica de las aguas
- purgantes conocidas. -
De venta en todas las farmacias de España

LA MEJOR AGUA DE COLONIA LA DE ORIVE. SIN COMPETENCIA EN CLASE NI PRECIO. 3 REALES FRASCO.

LIQUIDACION DE CALZADO
A. SÁEZ (Hijo) Por reforma de la casa, realiza sus calzados á mucho menos del coste.
23 duplicado, CABALLERO DE GRACIA, 23 duplicado

SOMBRERO bohemio, desde 6 ptas.
CAÑAS, Preciados 18, CAÑAS

SOLDEVILLA Casa especial para estampaciones y dorados; confección de tapas para obras ilustradas; encuadernaciones de lujo y económicas.
CALLE DE ISABEL LA CATÓLICA, NÚM. 21

IMPOTENCIA DE AMBOS :: SEXOS ::
Radicalmente curada á toda edad por las
PÍLDORAS OURANIA Nuevo descubrimiento. - Inmenso éxito.
Tratamiento enérgico y sin peligro. - Curación garantida con un solo frasco
Envío discreto. Precio del frasco, 10 fr. Loudenot, Farmacéutico. 148, Av. du Roule, Paris-Neuilly. - Frasco con instrucciones por correo, ptas. 12; Depósito en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal 2; en Barcelona, Viuda de Salvador Alsina, 4 Pasaje del Crédito.

EN EL ACTO: Retratos para KILOMÉTRICOS
SEGURA, Fotógrafo - 4 Puerta del Sol 4

CUBANOS Para la suscripción á la revista semanal ilustrada
EL FÍGARO DE LA HABANA
dirigirse á su representante en España:
J. de Palomino, Aribau, núm. 126, 3.º 2.ª - BARCELONA

AGUAS DE CESTONA
HEPATICOS
De venta: Plaza del Angel 18, y farmacias y droguerías
Precio: 1,25 pesetas.

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO

El poema de los ojos

DRAMA EN DOS ACTOS

por SALVADOR RUEDA

NÚMEROS PUBLICADOS

1.° Jacinto Octavio Picón: *Desencanto.*
2.° Jacinto Benavente: *La sonrisa de Giocconda*
3.° Gregorio Martínez Sierra: *Aventura.*
4.° Eduardo Zamacois: *La cita.*
5.° Salvador Rueda: *La guitarra.*
6.° Antonio Zozaya: *La maldita culpa.*
7.° Emilia Pardo Bazán: *Cada uno . . .*
8.° Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio.*
9.° Felipe Trigo: *Reveladoras.*
10. José Francés: *El alma viajera.*
11. Eduardo Marquina: *La caravana.*
12. Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo.*
13. Pedro de Répide: *Del Rastro á Maravillas.*
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado.*
15. Linares Rivas: *La espuma del champagne.*
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte.*
17. Amado Nervo: *Un sueño.*
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina.*
19. F. Villaespesa: *El milagro de las rosas.*
20. S. y J. Alvarez Quintero: *La madrecita.*
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda.*
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón.*
23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo.*
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas.*
25. Colombine: *El tesoro del castillo.*
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas!*
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón.*
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa.*
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho.*
30. Mariano Vallejo: *Deuda pagada.*
31. Arturo Reyes: *La Moruchita.*
32. Angel Guerra: *Al ,,fallo''.*
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas.*
34. Cristóbal de Castro: *Luna, lunera. . .*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes.*
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión.*
37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga.*
38. Antonio Palomero: *Don Claudio.*
39. Pompeyo Gener: *Ultimos momentos de Miguel Servet.*
40. Carlos Luis de Cuenca: *¡Lo que son las cosas!*
41. J. López Pinillos: *Frente al mar.*
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan.*
43. Julio Camba: *El destierro.*
44. Miguel Sawa: *La Muñeca.*
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús.*
46. J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto.*
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio.*
48. Alberto Insúa: *Las señoritas.*
49. J. M.ª Salaverría: *El literato.*
50. Apeles Mestres: *La espada.*
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor.*
52. Rafael Salillas: *Quiero ser santo.*
53. **Número - Almanaque:** *Del camino*, por Joaquín Dicenta. - Precio: **50 céntimos.**
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador. . .*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos.*
56. Eduardo Marquina: *La «Muestra».*
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril.*
58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro.*
59. Pedro de Répide: *El solar de la bolera.*
60. Eduardo Zamacois: *El collar.*
61. José Francés. *Mientras las horas duermen...*
62. Gabriel Miró: *Nómada.*
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del usía.*
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga.*
65. José M.ª Matheu: *Un bonito negocio.*
66. Leonardo Sherif *Los cuernos de la luna.*
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica.*
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco.*
69. Felipe Sassone: *Viendo la vida.*
70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona.*
72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales.*
73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil.*
74. A. Hernández-Catá: *El pecado original.*
75. Arturo Reyes: *El niño de los Catreles.*
76. F. García-Sanchiz: *Historia romántica.*
77. Felipe Trigo: *El gran simpático.*
78. Ramón M. Tenreiro: *Embrujamiento.*
79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables.*
80. Joaquín Dicenta: *La ganancia.*

LIBRERÍA DE PUEYO

MESONERO ROMANOS, NÚM. 10 - MADRID

Autores españoles y americanos

OBRAS EN PROSA

Eduardo Barriobero: Guerrero (novela), 2 pesetas.
Rafael López de Haro: Dominadoras (novela), 3 pesetas.
Augusto Martínez Olmedilla: La caída de la mujer (novelas cortas), 3 pesetas.
Pedro de Répide: La enamorada indiscreta (novela), 3 ptas.
Salvador Rueda: La cópula (novela), 3 pesetas.
Santiago Rusiñol: La madre, Cigarras y hormigas (teatro), 3,50 pesetas.
Felipe Sassone: Almas de fuego (novelas cortas), 3 pesetas.
José de Siles: La hija del fango (novela), 1 peseta.
Felipe Trigo: La bruta (novela), 3,50 pesetas. — El barón de Lavos (novela de Abel Botelho, dos tomos), 6 pesetas.
Ramón del Valle-Inclán: El marqués de Bradomín (novela), 3,50 pesetas.
Angeles Vicente: Teresilla (novela), 2 pesetas.
Ramón Villegas: Géminis (novelas cortas), 3 pesetas.
Eduardo Zamacois: Río abajo, 3 pesetas.

OBRAS EN VERSO

Manuel Abril: Canciones del corazón y de la vida, 2 pesetas.
José Santos Chocano: Fiat lux, 4 pesetas.
Enrique Díez-Canedo: La visita del Sol, 2 pesetas.
Fernando Fortún: La hora romántica, 2 pesetas.
Alfredo Gómez Jaime: Rimas del trópico, 3 pesetas.
Luis C. López: De mi villorrio, 2 pesetas.
Angel López Ortiz: Arpegios, 2 pesetas.
Antonio Machado: Soledades, Galerías, Otros poemas, 3 pesetas.
Manuel Machado: Alma, Museo, Los cantares, 3 pesetas.
Gregorio Martínez Sierra: La casa de la Primavera, 3,50 pesetas.
Gonzalo Molina: Rimas bohemias, 2 pesetas.
Leonardo Sherif: Versos de Abril, 2 pesetas.
Francisco Villaespesa: La tristeza de las cosas, 3 pesetas.

El nuevo Catálogo de obras modernas en prosa y verso publicado por esta casa contiene un prólogo muy curioso, referente al movimiento literario contemporáneo en España y América.

Se sirve gratis.

Los pedidos á PUEYO

Calle de MESONERO ROMANOS, 10 - MADRID

EL ÁGUILA

PRECIADOS 3 MADRID PRECIADOS 3

Estos grandes almacenes han inaugurado secciones de camisería, géneros de punto, sombrerería, zapatería, bastones, paraguas, guantes, mantas, artículos de viaje, etc., además de la sastrería, ya acreditada de antiguo. Es esta una reforma que seguramente agradecerá el público madrileño, pues mediante ella cuenta desde la fecha con un establecimiento, único en la Corte, en el que puede encontrar el cliente *absolutamente* todas las prendas de vestir, sin las molestias que supone visitar varias tiendas para equiparse.

SUCURSALES:

Barcelona
Plaza Real, núm. 13

Valencia
Paz, letra E

Sevilla
Sierpes, núm. 72

Málaga
Granada, núm. 63

Valladolid
Santiago, núm. 57

Cádiz
San Francisco, 25

Bilbao
Estación, núm. 5

Zaragoza
Independencia, núm. 1

Santander
Isabel II, núm. 2

Imprenta Artística de José Blass y Cía.
Calle de San Mateo, núm. 1 - Madrid.